

## *Formas del ensayo en Juan Benet. Taxonomías, hermenéutica y relato*

ADRIANA MINARDI (comp.) (2019).  
Buenos Aires, EUDEBA, 136 páginas.  
ISBN 9789502328720.



**Sabrina Riva**

Universidad Nacional de Mar del Plata / Comisión de Investigaciones Científicas  
de la Provincia de Buenos Aires, Argentina  
rivasabrina22@gmail.com

“Con la de veces que he copiado yo a Juan Benet”.  
Agustín Fernández Mallo

“Su obra, lo he dicho en muchas ocasiones, me parece la más importante de la segunda mitad del siglo XX en España. Su obra como novelista y también su obra como ensayista literario. Como ensayista literario, incluso me atrevería a decir que es uno de los pocos”.  
Javier Marías

Por la audacia de su desafío creativo y la resolución personalísima de ese reto en el terreno literario, Juan Benet supo en su tiempo (y para algunos aún en la actualidad) construir una propuesta ética y estética, que no dejó a nadie indiferente. Tanto su obra como el *ethos* autorial que se desprende de ella y de sus distintas intervenciones públicas, trazan una imagen de escritor controvertido, inconformista, admirado y reprobado en partes iguales. A pesar de la vigencia de su narrativa señalada en la cita de Fernández Mallo que encabeza estas palabras, no podríamos pensar en la existencia clara de un discipulado, pero sí en una amplia conciencia de su legado literario, reconocido y subrayado por autores fundamentales de finales del siglo XX –como Javier Marías, Eduardo Mendoza, Antonio Martínez Sarrión, Vicente Molina Foix, entre otros–, para quienes Benet renovó, de modo decisivo, el lenguaje literario español. De la complementariedad de todos estos aspectos y su integración en un proyecto alternativo a los autoritarismos, heredero de los valores republicanos de Estado democrático e intelectual crítico, presentes en sus ensayos, poco se ha estudiado, resultando *Formas del ensayo en Juan Benet. Taxonomías, hermenéutica y relato* un verdadero aporte a esa discusión.

Dirigido por la Dra. Adriana Minardi de la Universidad de Buenos Aires y financiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y el CONICET, el libro tuvo como principal propósito estudiar los ensayos benetianos, cuya centralidad literaria no se

equipara, al menos hasta este proyecto, con el interés que han suscitado en la crítica. En este sentido, la propuesta no solo se destaca por su empeño en remedar ese olvido, sino por la heterogénea nómina de los investigadores que participan y por la publicación y difusión de esas ideas, desde este otro Sur. Los ensayos permiten develar algunas de las claves de la narrativa de Benet y, sobre todo, cómo se articula su figura pública.

El primer capítulo, denominado “Juan Benet: el ensayo y la hermenéutica de la narrativa de posguerra”, pertenece a Gonzalo Navajas, crítico imprescindible para comprender la narrativa española contemporánea. Éste se detiene específicamente en los ensayos de Benet en torno a la Guerra Civil española y en sus vínculos con el proyecto novelístico del autor, delimitando asimismo las consecuencias que ese análisis del conflicto bélico tuvo para la concepción benetiana del intelectual y su función social e histórica, en un arco temporal que va desde la posguerra a los primeros años de la Transición. Si bien Navajas no cree que la obra del madrileño se pueda someter a taxonomías demasiado precisas, no duda a la hora de subrayar las continuidades entre el ciclo regionato y el ensayístico. En ambos, Benet sostiene una posición crítica con respecto a los avatares de la contienda. De *Volverás a Región* (1967), su novela más destacada y revulsiva, en la que se presenta una “visión plurivalente de la guerra” (7), a los ensayos de *La sombra de la guerra* (1976), por ejemplo, lo que aparecía primero de modo segmentado, se manifiesta después de manera sistemática. Más allá de que reconozca las bonanzas de la República, su mirada elude el “compromiso militante”, responsabilizando a todos los actores involucrados en el conflicto. A su criterio, la causa última de “la violencia y el hostigamiento generalizados del medio político y social residen en la carencia de espíritu comunitario y cívico que caracteriza a la historia española en general” (11). La derrota entonces es generalizada. Sin embargo, insiste Navajas, a

ese fatalismo Benet contrapone un “elemento diferencial determinante: la conciencia reflexiva”, aquella que lo conduce a las “lecturas contra-épicas” y a la “reescritura de la historia nacional según parámetros más fiables” (22).

En cuanto al segundo capítulo, “El ensayo victoriano del Londres de Juan Benet”, escrito por Juan Pascual Gay, su objeto de estudio es un ensayo desconcertante, según el crítico, puesto que Benet elige un tiempo, el período victoriano, y un espacio, la ciudad, insospechados si reparamos en su “fervor por lo rural” (24) y en su preocupación por los problemas de España. Nos referimos por supuesto al libro *Londres victoriano* de 1989, en el que el madrileño practica no tanto “una escritura de un ensayo sobre Londres, cuanto una reescritura de lo escrito sobre ese Londres” (24). Allí, expresa Gay, la gran lección para el género ensayístico está vinculada con dos aspectos, la “libertad de juicio” y el “rechazo de la exhaustividad” (27). Benet tensa los límites del ensayo literario, al tiempo que exhibe la resistencia de la historia para supeditarse a sus dictados, atendiendo a una estructura equilibrada respecto de su organización en capítulos. Estos suelen comenzar con un dato histórico fehaciente e impactante que luego se diluye, pues la deriva de la escritura nos lleva a lo que en verdad le preocupa al escritor, usualmente alguna observación sobre la cultura en la época victoriana examinada desde sus consecuencias en el presente. Al igual que en *Volverás a Región*, su mayor preocupación es “la decadencia”, a la que lee con una mirada renovada. Si durante buena parte del siglo XIX la “fealdad se adueñó de Londres”, Benet afirma que para no afrontarla, la sociedad victoriana se dotó de “un aparato de graves maneras” (39). En pos de mitigar la mala conciencia de las clases privilegiadas se implementó un distanciamiento justificado por la moral, pero que escondía una profunda hipocresía. Es decir, “le da la vuelta a lo que convencionalmente se entiende por moral victoriana, para responsabilizar a las clases favorecidas de un uso interesado de esa misma moral” (39).

El irracionalismo en tanto “epistemología antisistema” e “interrogación al *ontos* y al *logos*” (50), que desea subvertir y cambiar un determinado orden, es uno de los ejes de la propuesta ensayística y novelística benetiana, y el centro de las sugestivas exploraciones desplegadas por Jorge Machín Lucas en “Hacia una taxonomía de la irracionalidad desde el ensayo de Juan Benet”, el tercer capítulo del libro. Respuesta al realismo social de posguerra, dicho irracionalismo conjuga elementos míticos, místicos, poéticos y especulativos en el seno de una literatura sin pretensiones teleológicas, emparentándose con la deconstrucción

y emprendiendo una indagación en el conocimiento, según Machín Lucas, “de orden intuitivo y lírico-especulativo” (53). Aunque parezca paradójico, su infatigable interés por la historia y el desarrollo de una narrativa por fuera del mero pastiche demuestran que Benet cree en la tradición y en sus lecciones. Para el crítico, él aspiraba a que esa tradición lo ayudara a descubrir “un ideal de renovación mediante una inteligente deconstrucción de la historia para volver a sus inicios y forjar desde allí y sin olvidarla... una nueva Historia de justicia, de amor y de comprensión ecuménicas” (52). Además, este “deseo de (re) articular lo irracional” (57) y viceversa, lo lleva a la escritura de una clase de novelas caracterizadas por un discurso en “tiempo cero” y por “cierta ucronía entre lo histórico y lo diegético”, la de aquello que no sucedió (aunque habría podido acontecer), pero es útil para imaginar la reconfiguración racional de una historia de indudable mezquindad. Por lo que el irracionalismo para el autor madrileño no es solo una manifestación de las zonas infranqueables del saber y de la herida absurda de la existencia, sino un verdadero “proyecto de regeneración humana” (62).

“Benet y el *Quijote*: entre el lector ingenuo y el novelista autorreflexivo” de Jesús Pérez-Magallón, cuarto capítulo del volumen reseñado, parte del análisis del ensayo benetiano “Onda y corpúsculo en el *Quijote*”, para arribar a conclusiones sobre el tipo de conocimiento que la literatura puede proporcionar. Suerte de autopoética de un lector/autor consumado que es recuperada a lo largo de todo el libro, dicho artículo sostiene que Cervantes privilegió el uso de una “estructura corpuscular”, esto es, una “estructura basada en el episodio o la estampa” (67), sobre el de otra signada por el empleo del argumento y la intriga, o de “onda”. Más que la pertinencia de los conceptos esbozados por Benet –refutados por autores de la talla de Gonzalo Sobejano, a quien Pérez-Magallón recupera con acierto–, lo que nos interesa en este caso es la imagen de escritor crítico que reflexiona sobre su propia obra y la literatura en general; y nos introduce en “un mundo conceptual dominado por la ciencia y su epistemología” (78), al comparar a Cervantes con Galileo o utilizar nociones de la física cuántica para cavilar sobre dos estrategias narrativas opuestas. Ciencia y literatura, en definitiva, producen según Benet conocimientos con diferentes grados de “eficacia práctica”, a los que la sociedad aún hoy no está dispuesta a adjudicarles el mismo valor.

Los lazos entre testimonio, memoria e Historia son recuperados en el quinto capítulo de la colección, “Taberna, memoria, subversión. La lógica del ensayo en Juan Benet”, en el que Adriana Minardi, previo

desarrollo de un ajustado estado de la cuestión, subraya la “distorsión” que propugna la poética benetiana respecto del realismo social y la amnesia histórica favorecida por la transición democrática. El texto exhibe un manejo riguroso de la teoría relacionada con los derroteros de la memoria histórica, la narrativa y los ensayos del autor, deteniéndose hacia el final con mayor detalle en *Octubre en Madrid hacia 1950* (1987) y *La construcción de la torre de Babel* (1990). Intelectual crítico, que gustaba de la ironía y la metáfora, Benet y su obra —al igual que las “novelas de la memoria” de finales de la dictadura y de los 80— se enfrentan a la historia oficial forjada por el franquismo colocando la memoria en el centro de la escena. Puesto que el estatuto fundante de esta en relación con la Historia se encontraría en el eje de la narración como matriz ordenadora de lo temporal, la “libertad de una rememoración” (84), en los términos en los que la plantea Benet, se desentiende del principio mimético y construye una “zona de sombras”, a contrapelo de la sistematización cronológica y el determinismo realistas. Según Minardi, “esto explica que la estructura narrativa responda a una simbología, tanto histórica como testimonial a partir de la metáfora del estado de ruina” (83), entendiéndolo, además, dado el alto grado espacial de su narrativa, como el lugar de la “memoria utópica”.

Benito Elías García Valero, por su parte, en el sexto capítulo del libro, “La estética de la incertidumbre: ciencia y física en la labor crítica de Juan Benet”, aborda desde una perspectiva comparatista los cruces entre el pensamiento científico y el literario en la obra del autor madrileño, no está de más recordarlo, ingeniero de profesión. Tomando como punto de partida los textos recopilados por Ignacio Echevarría en *Ensayos de incertidumbre* (2012), García Valero reivindica “la función estructural que la ciencia tiene en el sistema crítico de Benet” (115), de acuerdo con lo cual el escritor distingue su práctica y propone metáforas originales en pos de ilustrar los entresijos de la literatura. Si bien sus ensayos sobre esta materia constituyen un “sistema sólido”, el madrileño no practica una crítica científica, dado que la aborrece, revalorizando el potencial creativo y explicativo de la incertidumbre. La importancia de ésta como “indicador de calidad literaria” (123) y las posibilidades críticas de la dualidad onda/partícula, que ya comentamos a propósito del artículo sobre el *Quijote*, son solo algunas de las expresiones de los vínculos entre ciencia y literatura

que con gran habilidad García Valero expone en este artículo. Por lo demás, si algo queda de manifiesto gracias a su aporte, es la actualidad de la ensayística benetiana, “que arroja una nueva luz a la compleja cuestión del maridaje entre saberes” (117).

Finalmente, en el último apartado, se nos presenta un fragmento del magnífico libro de Nora Catelli *Juan Benet. Guerra y Literatura*, en el que la autora reflexiona acerca de los vínculos entre el discurso verbal y la ilustración visual. Titledo “Literatura, pintura”, el extracto da cuenta del comparatismo *avant la lettre* de Benet y de los distintos usos críticos que el madrileño hace de Cervantes y su obra. Una de las particularidades del texto es que Catelli primero delimita las nociones narrativas proporcionadas por el autor, nos referimos al binomio argumento/estampa y su relación con las ideas de onda y corpúsculo respectivamente, para dar paso después a una digresión que matiza esas oposiciones, pero que profundiza mucho más la lectura del *Quijote* que la del ensayo benetiano, y en ese gesto, no obstante, replica una de las estrategias compositivas más caras al escritor madrileño. Escéptica en torno a que la disposición en estampas sea una dominante de toda la novela, la autora considera que en la segunda parte “se va imponiendo en la configuración de los personajes, una leve progresión lógica y causal, psicológicamente verosímil, más cerca del realismo posterior a Cervantes que de la estructura corpuscular” (135). De este modo, identifica en la escena desarrollada en las playas de Barcelona, en la que el virrey duda —no sabe si debe detener el duelo entre el hidalgo y el Caballero de la Blanca Luna—, la superposición de planos del pasado y el presente, a la manera de la *veduta* renacentista, y, asimismo, la irrupción parcial de la conciencia del tiempo histórico.

En suma, las voces críticas referidas dan cuenta de un proyecto artístico heterodoxo, que pugnó por la renovación del lenguaje literario tanto en su costado narrativo como en el ensayístico, apostando por insertar en el centro de su propuesta la memoria y a la figura del intelectual crítico. *Formas del ensayo en Juan Benet* logra deshacer un olvido, el de la lectura atenta de los ensayos benetianos, a fuerza de rigurosidad científica y creatividad académica, y nos devuelve, en el transcurso, el insospechado rostro de quien fuera uno de los escritores más originales y desafiantes de finales del siglo XX.